LIBRO dot.com

LAS BABUCHAS

PAUL ARÈNE




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Cuando vio que, a fines de Diciembre el cielo continuaba azul, como un palio de seda azul, que las hojas no se ponían amarillas, y que las mismas enormes flores color de fuego brillaban en los árboles; cuando vio que los pájaro-moscas, con diamantes en la cola y oro en las alas seguían zumbando en torno de las flores; cuando comprendió, por fin, que a pesar del calendario el gran calor persistiría, y el invierno no iba a llegar, el pequeño Friquet se sintió invadido por el fastidio, y sentándose al pie de, un árbol del que caían bananas ya maduras, exclamó:

-¡Qué horrible país! ¡Otro año sin nochebuena!

El niño, ya que hay que decirlo todo, era hijo de un pobre desterrado; había seguido a su padre al destierro, y aunque una feliz casualidad los hubiese arrojado al país más hermoso del mundo, echaban de menos su Francia que para ellos era el país más bello.

Al acercarse Navidad, sobre todo, el bueno de Friquet sentía redoblar su tristeza.

-¡Una nochebuena en que no sople el frío; una nochebuena que no nos traiga nieve; una nochebuena que llega en pleno verano, puesto que aquí el verano dura doce meses, no es, no puede ser nochebuena!

Dos cosas faltaban, por otra parte, a la nochebuena del pequeño Friquet, dos cosas raras en climas en que la gente anda descalza y no necesita calentarse:

¡Una chimenea y zuecos!

Felizmente recordó que su padre poseía un par de babuchas de cuero blando, bordadas de perlas, objeto curioso dado por un jefe salvaje a cambio de una botella de aguardiente.

Las babuchas servirían de zuecos, el agujero practicado en el techo de la cabaña para dejar salida al humo de la cocina, de chimenea...

Llegada la noche, el pequeño Friquet colocó, pues, una de sus bordadas babuchas debajo de aquel agujero azul salpicado de estrellas; luego, después de besar a su padre que, triste también, casi lloraba, se fue a acostar medio consolado, y con el corazón henchido de esperanza.

-¡Oh, que buen descanso y qué hermoso sueño!

Tan lejos, tan lejos de la patria, el pequeño Friquet, se encontró sin saber cómo, en su propia aldea, tal como es la noche de nochebuena.

La estrecha calle blanca y solitaria, entre dos filas de fachadas adornadas de hielo,

se aclaraba al reflejo jubiloso de las ventanas iluminadas interiormente; en el aire había canciones, un agradable olor de cocina y de vino dulce, y por sobre los techos, con sus botas que no sonaban a causa de la nieve espesa, el bueno de Noel, el repartidor de los dones de Navidad, con escarcha en la barba, pasaba mirando por la abertura de cada chimenea, y echando dentro juguetes que sacaba de una gran caja.

Luego, el bueno de Noel se detuvo, y arrimándose a un caño exclamó:

-¡Vaya! ¡Ya he concluido mi jornada! ahora de lo que se trata es de respirar un poco y de fumar una buena pipa. -Pero de repente, rascándose la punta de la nariz, que el cierzo le había puesto roja, agregó:

-¡Ah, caramba! ¡Ya me iba olvidando del pequeño Friquet!.. Desgraciadamente lo he distribuido todo... ¿Qué diablos pondré en las babuchas bordadas de perlas?

Friquet, desde su cama, se decía:

–Si Noël, ya que no tiene nada, pudiera traerme aunque sólo fuera un puñado, un gran puñado de nieve, de esa nieve blanca y fría que tanta tristeza me da todos los años, yo me contentaría con eso: así me acordaría de Francia!

Entonces, y como si lo hubiese oído, el buen hombre recogió del alero un buen puñado de nieve, lo metió en la caja, encendió la pipa y partió. La pipa brillaba en la noche.

Algunos pastores la tomaron por una estrella.

-¡Ay! -pensaba el pequeño Friquet.

-¡El viaje es largo, el buen hombre es viejo! ¡Por mucho que camine y se apresure bajo el sol ardiente, a través de los desiertos, la nieve se habrá derretido antes de que pueda llegar hasta aquí!..

Y cuando el bueno de Noel llegó con su caja, sudoroso y jadeante, aun quedaba en el fondo un poco de nieve, pero tan poco, tan poco, que apenas era del tamaño de una avellana.

Detrás del agujero, sobre el techo iluminado por un rayo de luna, el pequeño Friquet vio distintamente al buen Noel, que estaba sacudiendo su caja.

Cayó un copo; luego otro, luego un tercero, luego cien, luego mil: la caja parecía inagotable, y todo los copos caían en la babucha.

La babucha no tardó en rebosar: la nieve invadió la cabaña; entonces, una bocanada de viento barrió la nieve que, marchándose por la puerta y remolineando

sobre el país como un enjambre de moscas blancas, cubría la montaña y la llanura y colgaba de las espinas de los cactus, de las guirnaldas de las lianas, de las recortadas palmas de los cocoteros, inmensos cortinajes de plata.

La cabaña, entonces, tenía vidrios, y esos vidrios se habían cubierto con los lindos dibujos que forma la escarcha. También tenía chimenea, y sobre sus hierros, un enorme tronco se deshacía en brasa, mientras que, chorreando jugo, con la piel dorada, un pavo estaba asándose delante de ella.

Embozados y con nieve en los pies, tiritando con delicia, iban llegando amigos y vecinos.

Se calentaron todos bien, se estrecharon; allí al abrigo, se oía silbar el cierzo. ¡Qué linda cena! ¡Una verdadera cena de nochebuena!

Pero eso sí, a la mañana siguiente, la cabaña había vuelto a ser cabaña; afuera no quedaba huella alguna de nieve: un cielo azul, un sol abrasador; los pájaro-moscas seguían zumbando, los grandes aras chillaban sobre los árboles.

Sin embargo, el pequeño Friquet encontró completamente húmedas sus babuchas bordadas de perlas... pero podía ser que fuese el rocío de la noche...

–¿Y eso es verdad?

–¡No me atrevería a jurarlo! ni aun cuando se trate del buen Noel, yo no tengo fe en los milagros. Pero el pequeño Friquet cree a pie Juntillas en la aventura. Me la ha contado con la mayor gravedad...